



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11803

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 13 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PREPARANDO EL ENTIERRO

La Junta Sardinera de Murcia ha aceptado el pensamiento de que salga de esta ciudad la sardina en tren botijo, para llegar a la de Murcia la tarde anterior a la noche del entierro.

—¡Gran pensamiento y gran recepción tendrán aquí los cartageneros!—nos dice el director de *Las Provincias de Levante* en carta que tenemos á la vista.

La proposición cartagenera ha producido en Murcia grandísimo entusiasmo, decidiendo á la Junta Sardinera á enviar el domingo una comisión de su seno, que vendra en el primer tren de dicho día, para significar su agrado á los periodistas de Cartagena. En la carta del director de *Las Provincias de Levante*, nos encarga que lo anunciemos así á nuestros queridos compaños.

Seguramente va á reproducirse con ese tren botijo, á la llegada á la estación de Murcia, el espectáculo grandioso y la explosión de entusiasmo delirante que se produjo en ésta á la llegada de aquél otro botijo murciano, que vino á Cartagena el día de la velada marítima del año anterior.

No es un gran pensamiento la idea de conducir la sardina desde esta ciudad, pero es un pensamiento bueno. Lo grande será el efecto que produzca y no hay que esperar á que se manifieste en todo el llenor de su intensidad para apreciarlo bien. Se aprecia de antemano; se adivina como adivinábamos que sería un espectáculo magnífico la entrada del botijo murciano en el andén del Muelle, el día aquél en que esa misma Junta Sardinera, que anuncia su próxima visita, vino á disfrutar con nosotros la nota de color brillantísimo que figura en nuestro programa de ferias con el nombre de «Velada marítima.»

Ya nos parece estar viendo entrar el tren en la estación murciana. Largo cual lo consienta el Reglamento; llevando a la cabeza dos poderosas máquinas adornadas con flores; repleto de viajeros alegres, sustraídos por algunas horas á las preocupaciones diarias que acarrea la lucha por la vida, penetrará silbando, ansioso de llegar, por el laberinto de la vega murciana; y mientras de su interior se desbordará por las ventanas de los coches la alegría de los mil viajeros que habrán tenido unas cuantas pesetas para cambiarlas por unas cuantas horas de jolgorio, del exterior vendrán a unirse al monstruoso concierto los clamores de la bienvenida y los vítores del entusiasmo general.

Y al terminar la fatigosa marcha; cuando dejando atrás la verde vega entre el tren en agujas, ¿quién no adivina allí á la población murciana, ansiosa de sentir y de admirar y de bañarse en los efusivos de la simpatía que despierta la presencia de los murcianos en las fiestas populares de los cartageneros y la de éstos en las de los murcianos?

No hay duda, no; el pensamiento de llevar de Cartagena á Murcia la sardina es un buen pensamiento y por esa causa, ha de producir un efecto grandioso, que ha de superar á cuanto se pueda presumir.

TIJERETAZOS

Pregunta el *Diario de la Marina*:

«¿Rectifica el duque?»

¿Cuál de los dos?

¿El de Tetuán ó el de Veragua?

El primero se aguantó en sus trece. Mientras no sea presidente no juega.

Del segundo no sabemos nada; pero nos parece que no es quién para rectificar.

Mientras no lo autorice el partido, no le es dable echar en la enmienda un tachón.

Los dependientes de ultramarinos de

Madrid han celebrado á podras el restablecimiento de las garantías.

Y pagarán los vidrios rotos los tenderos. Sensible es el desorden; pero lo es también que esos pobres dependientes, que trabajan todos los días desde el amanecer hasta mediar la noche, no tengan el domingo un par de horas disponibles para dar un paseo.

El descanso dominical se impone por razón de justicia y por razón de higiene.

Dice un colega:

«Hoy la plata pierde un cincuenta y tres por ciento.»

Y la mitad de la amoneda no vale una peseta toda junta.

Dice un colega francés:

«España no tiene ya más crisis que on-sayar, más faltas que cometer ni más hombres de Gobierno que echar á pique.»

Está usted equivocando.

Aún le queda la crisis de la muerte.

Y aún puede echar á pique al sepulture-ro que pretenda enterrarla.

Leemos:

«Desde el sábado en Sicilia y en toda la Italia meridional está cayendo una menuda lluvia, cuyas gotas parecen sangre congelada.»

Mal síntoma.

Cuando las nubes sangran solo anuncian catástrofes.

TRINITARIAS

El cantar que se oye siempre, es el cantar que se cansa por la mujer que se quiere.

No te olvidaré jamás; ¡te vi llorar por mi madre y no te puedo olvidar!

No hay rosa como tu cara; cuando escuchas un requiebro y te pones colorada.

No te olvides de aquel beso, que hizo alegrarse á la tierra y entristecerse á los cielos.

Ponte muy cerca de mí y que Dios y tú se enteren de lo que voy á decir.

Me estoy muriendo de pena, pudiendo darme la vida los ojos de mi morena.

Toma un beso y otro beso, no quiero que tengas, madre, ni para contarnos tiempo.

Adivino mi final; una cruz con epitafio: «mucho tierra y mucha paz.»

Narciso Díaz de Escobar.

LA PENA DE AZOTES EN LOS ESTADOS UNIDOS

La Cámara del Estado de Delaware (Norte-América) acaba de votar la abolición de la picota.

Hasta ahora, el que incurría en dicha pena permanecía una hora atado á la picota por el cuello y muñecas, expuesto al escarnio público.

Una pena que continúa vigente para los maridos que aporrecan á sus esposas, es la del látigo, y cada delincuente recibe nada menos que la friolera de veinte azotes con el artefacto especial denominado «gato de siete colas.»

Un senador, inspirado por alto espíritu igualitario, presentó una enmienda respecto de este punto, en el sentido de que se le aplicara igual pena á las señoras que zurran á sus esposos.

La enmienda está concebida en estos términos:

«Toda mujer convicta de haber apelado á recursos violentos respecto de su marido, de haberle maltratado y de pegarle, habrá de ser castigada á recibir de cinco á treinta latigazos.»

El juez, ó el mismo marido, si así lo desea, serán los encargados de la ejecución de la sentencia y de la aplicación de dicha pena.

En tanto que en el Delaware se observan estas tendencias abolicionistas, la Cámara del Estado de la Indiana estudia un proyecto de ley preceptivo de la instalación de un poste de flagelación en cada una de las cabezas de partido.

El ejecutor aplicará los azotes con un zurriago de cuero.

El número de aquéllos, en conformidad á la gravedad de los delitos, oscilará entre 50 y 100.

Entre los hechos punibles con azotes se cuenta el de hablar profanamente, el de emborracharse, la vagancia y los hurtos de escasa cuantía.

Felizmente para el senador federal del Mississipi William Sullivan, no pertenece al Estado de la Indiana. De lo contrario, estaría en vísperas de llevarse una buena azotaina por haber abofeteado en plena calle, en Washington, á miss Leetor, por reclamarle cincuenta mil dollars de indemnización por incumplimiento de promesas de matrimonio.

LOS SUBMARINOS SEGUN «THE ENGINEER»

Esta importante publicación inglesa resume un estudio sobre dicha materia de este interesante modo:

«No podríamos terminar mejor estos estudios que haciendo una pintura fantástica de cuanto podría servir un submarino, si fuera lo que supone la opinión popular en Francia:

«El submarino debiera tener unas 50 toneladas de desplazamiento, andar 30 millas en la superficie y 27 sumergido. Saliendo de un puerto bloqueado, iría á toda fuerza, marchando sobre el agua hasta estar á tres millas del enemigo; allí, sin disminuir su velocidad, se zambulliría de igual forma que lo hace un tiburón, siguiendo hasta llegar á 30 pies bajo la superficie. Completamente dueño de sus movimientos y conservando á la vista sus opositores, escogería uno, haría proa á él y le dispararía el torpedo al mismo tiempo que, girando bruscamente á derecha ó izquierda, se libraría de sus efectos, viniendo á la superficie para contemplar la explosión. Si la víctima, siendo inútil que acorazados y cruceros de los más veloces se quisieran escapar, con lo que media docena de pequeños submarinos destruirían la más hermosa escuadra en pocas horas.

«Hasta aquí la ilusión; veamos ahora la realidad:

«En ella, es el submarino una embarcación débil, inestable y peligrosa, que no se atreve á sumergirse con marajada; que no puede sumergirse en menos de 15 á 30 minutos; completamente ciego cuando está bajo el agua, incapaz de recorrer ni dos kilómetros con la menor seguridad de la dirección que lleva, y moviéndose con una velocidad de 2 á 3 millas, sólo por casualidad podría hacer

Y como el sol le molestase mientras hablaba, como si alguien la hubiese mirado: ¿Quiere V. bajar un poco la persiana? Me hiere el sol y tengo los ojos muy irritados desde hace algunos días...

Y mientras Enrique se dirigía á la ventana, ella se desató las cintas del sombrero y dejó caer un poco el gran chal que la envolvía. Disminuida suavemente la luz, siguió diciendo:—Sí, Enrique, después de luchas y quebrantos, que no sabrá V. jamás... después de noches... como no se las deseo... á fuerza de llorar y de rezar me he vencido, he triunfado de mí, he pensado sin celos en la felicidad de mi hija... y en la de V., única cosa que aún puede permitirse sobre la tierra!

—¡Es V. un angel, Laura!—dijo Enrique;—y levantándose pasó por el cuarto fingiendo agitación. Pero es preciso ver las cosas como son, y... tenía usted razón el otro día cuando hablaba de la necesidad de separarnos para siempre y no volver á vernos jamás... ¡Vivir juntos!... Ni siquiera pensarlo, siendo tan fáciles de abrir heridas mal cerradas... ¡tan mal cerradas como las nuestras!... Y además, ¿quién está V. segura de sí misma, ¿quién le dice que lo esté yo de mí? ¿Quién me responde de que en la proximidad de todos los momentos, en esa tentación de toda la vida... cerca de V., en fin—dijo tierna-

mente—una ocasión, una sorpresa?... Y yo soy un hombre honrado.

—No, Enrique—dijo cogiéndole las manos y sentándole á su lado—no temo nada de V... ni tengo miedo de mí. Todo ha terminado... ¿sobre qué quiere V. que se lo jure?... Y no ha de negarse... No, no querrá V. negarme la única dicha que me queda... la única... ¡Ya no me queda en el mundo más que eso! ¡Verle solamente!—Y pasando sus brazos alrededor del cuello del joven, le estrechó de modo que éste pudo comprender que Laura no llevaba corse.

Después de tenerle abrazado algunos segundos:

—¡Es imposible!—murmuró Enrique levantándose;—no hablemos más de ello.

—Seré fuerte—dijo gravemente madame Bourjot. Una vez representada esta comedia de abnegación, ambos se encontraron más á su gusto.

—Ahora escucheme usted—dijo aquella mujer.—M. Bourjot le concederá la mano de su hija.

—Pero, Laura, está V. loca.

—No me interrumpa V... ¡Le concederá la mano de su hija; pero creo que su intención es pedir á su yerno que habite con él... Fuera de esto, libertad absoluta... Habitación, coche, cocinas... todo independiente... ya conoce V. nuestra instalación y costumbres... A menos de que M. Bourjot haya campla-



—Renata—dices una noche Mad. Mauperin á su hija—¿quieres ir mañana á ver la Exposición de lord Mansbury? Es muy curiosa á lo que parece... Dices que hay un cuadro que se venderá en más de cien mil frs... M. Barouse ha oído que te interesaría y me ha enviado el catálogo y una papeleta de entrada. ¿Te conviene?

—Ya lo creo que me conviene—dijo Renata.

Al día siguiente Renata vió con extrañeza que su madre iba á su tocador y se ocupaba de ella, haciéndola que se pusiera el sombrero más á la moda.